

# SUPLEMENTO

AL NUMERO 381 DE

# EL SIGLO MEDICO.

Sr. Director de EL SIGLO MEDICO.

Con esta fecha digo á *La España Médica* lo siguiente, que ruego á Vd. se sirva publicar en el ilustrado periódico que dirige.

Muy Sr. mio: En el número 274 de su apreciable periódico, he leído un escrito firmado por el Licenciado D. José Alarcon y Salcedo, en el cual se me trata con sobrada dureza para que pueda prescindir de contestar. Ruego á usted, pues, se sirva insertar esta respuesta, en la que procuraré no estenderme demasiado.

Verdaderamente me ha sorprendido el atrevimiento del Sr. Alarcon y Salcedo, porque le hay en imprimir una sentencia que le es desfavorable, por más que trate de atenuar su significado, y en darle una publicidad mucho mayor de la que por sí misma tendria; y me sorprende más que con este motivo dirija innecesariamente ataques contra mí, sabiendo que puedo y debo contestar por mi honra de profesor, y por la de personas á quienes me ligan vínculos de sangre muy más fuertes que todas las consideraciones que pudiera merecerse el Sr. Alarcon y Salcedo, y de las que su conducta me permite prescindir; y sabiendo tambien que al contestar, necesariamente he de romper los artificios con que trata de explicar su proceder, y destruir el cúmulo de inexactitudes en que se apoya.

Si en una declaracion jurada se espresó de manera que pudo decirse con fundamento racional que se veia la verdad alterada, con reticencia é inexactitud marcada, palabras de la sentencia, aunque Alarcon y Salcedo no las ponga en bastardilla, fácil es comprender que no será mayor su exactitud cuando hace el extracto de la causa, con la tendencia conocida de desvirtuar el carácter de la sentencia atacando su fuerza moral, ya que no puede la material, al paso que protesta de su respeto á la cosa juzgada.

¿Dónde si nó ha encontrado, que la herida de D. José Longoria y Arrieta fué efecto de una bofetada, ó de la caída que dió á consecuencia de ella, y que lo haya dicho el acusado? Podrá ser, pero no es la verdad; y demasiado se alcanza al Sr. Alarcon y Salcedo, que no es aquel tampoco testimonio aceptable para nadie. Sería curioso saber, de qué manera una sola bofetada causó á Longoria y Arrieta tres contusiones en la cabeza y otra en el pecho, de que me ocuparé despues, y cómo una de esas heridas, en la corta

estension de veinticinco milímetros, tuvo intensidad bastante para tardar por lo menos diez y nueve dias en cicatrizarse. Por otra parte, con el convencimiento de que tal habia sido el origen de la herida, debió manifestarlo en su primera declaracion, en vez de omitir todo indicio del modo como la herida se causó. De esto no se hace mérito hasta 19 de noviembre, en que el médico de Pravia y el cirujano de Muros declararon haber sido hecha con instrumento contundente. Fuerte habia de ser la mano para merecer aquella calificación, y fuerte la bofetada para privar del conocimiento al herido por un tiempo indeterminado, y ocasionarle tan gran derrame de sangre. Tambien comprendemos mal en aquella declaracion de Alarcon, y el cirujano de tercera clase D. Rafael Rodriguez San Pedro: 1.º, la calificación de sumamente superficial, aplicada á una herida que luego resultó durar diez y nueve dias; 2.º, la particular indicacion de que los equimosis tardarian en desaparecer, más que la herida en curarse; y 3.º, la prematura indicacion de que ni la herida, ni los equimosis, ni la conmocion, ni nada, impediria al herido dedicarse desde el mismo dia á sus trabajos habituales. El Sr. Alarcon y Salcedo dirá lo que quiera; pero yo veo aquí desde el primer momento, y una sentencia ejecutoria me autoriza á creer que veo bien, el empeño marcado de convertir á todo trance en juicio de faltas la causa criminal que la agresion contra Longoria y Arrieta debia producir.

«No habiendo habido alcalde ante quien prestar declaracion en los dias siguientes...» Así dice Alarcon y Salcedo por explicar cómo no dió otra hasta el 13. Es inútil que tratemos de demostrar el absurdo que aquellas palabras contienen. Alcalde, ó teniente, ó regidor autorizado, necesariamente le habia. Desde el 4 al 13 de noviembre, otra cosa no podia ser. Ya el dia 4 por enfermedad del alcalde, Alarcon y Salcedo se dirijió á quien le sustitua. No dió despues declaracion porque no quiso, y no quiso por no verse en la precision de decir que la herida no se habia curado. Entonces habia que formar causa criminal, y el asunto no podia arreglarse. El Sr. Alarcon tiene ideas peregrinas: decir que el herido acudiendo en queja al juzgado de Pravia, hiciése el elogio de los mismos de quienes se quejaba porque ni le asistian ni declaraban y solo servian para que el agresor continuase paseándose, es una idea que no tiene precio. Tan gracioso no es, pero sí más cierto, que su queja y su salida á Pravia hicieron venir al alcalde; si nó, puede que Grado estuviese hasta ahora sin alcaldes ni tenientes. El Sr. Alarcon se apresuró á prestar el dia 13, antes de que se la hiciesen prestar



de otra manera, su segunda declaracion, que merece tambien ciertas observaciones, por cuanto se refiere á un reconocimiento hecho el 9, segun se dice, y se añade que entonces la herida estaba completamente cicatrizada en toda su mitad interior, pero no en la otra mitad (sobra el completamente). El 13 la herida estaba algo disminuida: *tenia supuracion contra todo lo que debia esperarse*; pero en vez de cuidar Alarcon y el cirujano San Pedro de investigar las causas de esta alteracion, en lo que segun el orden regular debia esperarse, continúan con su asercion, de que esta lesion *insignificante* (llevaba nueve dias, y en vez de cicatrizar supuraba) en nada impidió al paciente dedicarse á sus habituales ocupaciones.—A pesar de la oportunidad con que se prestó la declaracion, así que marchó Longoria y vino el alcalde, hizo la fatalidad que el juzgado anduviese más celoso todavía y pidiese una tercera declaracion. Se dió el 16, y se repite la muletilla: lleva la herida doce dias; aún tiene la tercera parte de su primitiva estension; aún arroja pus *contra todo lo que debia esperarse*, y sin embargo, esta herida no ha impedido trabajar al paciente, ni pasados los cuatro dias, ni dentro de los mismos, ha presentado ningun síntoma que indicára su complicacion (que sería la supuracion que no se esperaba); y por consecuencia, aunque han continuado asistiendo al herido hasta el 16, no creen necesaria asistencia mas que hasta el 9. En esta primera época, del 4 al 9, la herida, si bien rebelde á cerrarse, no ofreció complicacion alguna; sin embargo, la asistencia es indispensable: del 9 al 16, la herida continúa rebelde á cerrarse; tiene supuracion; *sale del orden regular que debia esperarse*; sin embargo, no necesita asistencia: esto y lo que definitivamente resulta, como era natural, este contrasentido no podia sostenerse, y los facultativos de Pravia, considerando que la herida continuaba en supuracion el dia 19, que los golpes habian sido de cuerpo contundente, y aunque en la actualidad no ofrece al parecer novedad (quince dias despues de haber sido recibida), creen necesaria la asistencia facultativa.

Para saber á qué atenerse en esta diversidad de opiniones, se prestó otra declaracion el dia 21 de noviembre por un nuevo facultativo, el Sr. Alonso, el cual necesita *suponer* que, lo mismo el dia 9 que el 13, el Sr. Alarcon y Salcedo aplicaria al herido algun remedio con objeto de extinguir la supuracion, y concluye que los profesores están contestes en que la lesion del herido parece no ser de gravedad, y que estaban conformes tambien en que necesitó la asistencia facultativa por más de cuatro dias: el Sr. Alonso, con ánimo, que no censuramos, de suavizar la disparidad entre las declaraciones, hace un disfavor al Sr. Alarcon y Salcedo, que habia dicho terminantemente el dia 16 que consideraba útil la asistencia, pero no *necesaria*. Reducida la cuestion á sencillos términos, es la siguiente: Alarcon y Salcedo decia que no se necesitaba asistencia por más de cuatro dias, convirtiendo así el asunto en juicio de faltas. Los demás profesores la declaraban necesaria por más de cuatro dias, dando lugar á la formacion de causa criminal: el primero daba por levísimas las lesiones; los otros las colocaban en la clase de menos graves. ¿Alarcon y Salcedo, obraba aquí de buena fé? ¿Creia en conciencia que la herida se curaba en cuatro dias, aun despues de haberla visto abierta diez y nueve? ¿Creia que la supuracion que sobrevino, fuera del orden regular, no tenia importancia alguna? ¿Que las heridas habian

sido causadas con la mano, ó accidentalmente por la caída? ¿No se fijó nunca en el estado de postracion, cada vez mayor, en que el herido se hallaba? ¿No hubo más que un error de ciencia, ó se trataba voluntariamente de alterar ó oscurecer la verdad, á fin de libertar al acusado de las consecuencias de su agresion? ¿Hasta dónde llega la sentencia del tribunal? Con poca habilidad trata Alarcon y Salcedo de hacer ver que se le formó causa y se le ha condenado por falta de claridad; y entra en cuestiones gramaticales sobre la graduacion de las palabras *útil, necesaria, indispensable*; pero todo es ocioso y sofistico: no es la falta de claridad, no es el empleo de tal ó cual espresion lo que el tribunal condena; es que debajo de esa oscuridad halla un *fundamento racional* para deducir que se *alteró la verdad*, como decíamos al principio; no es, pues, la oscuridad, sino el intento de falsedad, ó la falsedad misma, lo que se castiga; y ya que el Sr. Alarcon y Salcedo me ha puesto en este caso, me veo obligado á manifestarle que la Audiencia no cometió la injusticia de castigar una falta de redaccion, que penó una alteracion de la verdad.

El error de gramática con el cual se pretendia cubrir una inexactitud voluntaria y marcada, de manera que el Tribunal Superior no solo decidió el que el Sr. Alarcon y Salcedo padeció omisiones al declarar, que usó de reticencias, que no fué exácto en el modo de decir, que separó néciamente (Alarcon lo dice y basta) lo que es inseparable, sino que todo esto se hizo intencionalmente, y para alterar la verdad. Esto es lo que Alarcon y Salcedo no queria decir, pero tengo que decirlo yo porque lo dice la sentencia, y porque es una necedad querer separar lo que es inseparable. Decia antes que los ataques dirigidos contra mi persona eran innecesarios para la defensa que Alarcon y Salcedo se proponia hacer, y por lo mismo ha sido una torpeza el traerme á esta cuestion. Si no se hubiera dirigido á mí, yo que tengo al Sr. Alarcon y Salcedo en algo menos de lo que él se estima, hubiera dejado pasar cuanto hubiese dicho, y en vez de un reo, algun lector superficial habria visto en él una víctima; pero puesto que habia de tomar parte, he necesitado demostrar cuál era la significacion de la sentencia, y ahora necesito tambien aducir algunos datos que espliquen por qué en lugar del error más ó menos craso que con más ó menos formalidad confiesa Alarcon y Salcedo haber cometido, el Tribunal y otros que no son el Tribunal han visto un delito de mal género.

Si no existe una prueba acabada del instrumento con que se hizo la herida, el resultado de las declaraciones, exámen de las lesiones y otros datos convencen: 1.º, que fué causada con una llave de grandes dimensiones, y con la cual hirió de punta el agresor: por eso la herida tiene tan corta estension, y sin embargo su parte céntrica tardó en cicatrizarse mucho más que los extremos; 2.º, que de resultados de este golpe cayó el herido perdiendo el conocimiento, y 3.º, que ya en el suelo recibió muchos golpes, probablemente dados con los pies, los cuales ocasionaron la profunda lesion del pecho. Desde las primeras diligencias es público y notorio, y hasta es racional y nada tiene de extraño, que se gestionó para que los facultativos atenuáran la posicion del reo al declarar sobre la gravedad de las lesiones; y yo, que deseo hacer justicia á todo el mundo, debo decir que acaso las primeras no se entendieron con Alarcon y Salcedo; al menos á oídos del herido habia llegado que se trataba de darle por sano al quinto dia, ó lo que es lo mismo, convertir la agresion en una falta; se lo



indicó así á Alarcon, mas éste no solo se sinceró, sino que le leyó una minuta de su declaracion en que las cosas aparecian con su color verdadero: ¿qué pasó despues entre Alarcon y su buen compañero el cirujano de tercera clase D. Rafael Rodriguez San Pedro, para prestar juntos la declaracion del 13? Ni lo sé, ni quiero saberlo ni imaginarlo; pero la declaracion estaba muy lejos de ser la misma que el herido decia haberle leído Alarcon y Salcedo. Dada la primera declaracion, claro está que Alarcon habia de sostenerse en las demás: quizá le pesára haber dado el primer paso; pero era tarde para volverse atrás.

Dos profesores habian sido nombrados para titulares de Grado; despues de haber tomado informes sobre los recursos que el pueblo podia ofrecer, no aceptaron; Alarcon, más atrevido, vino de luego á luego, y dícese si el ayuntamiento le adelantó parte de su dotacion para trasladarse á la villa. Conocidamente eran malos auspicios que dieron lugar á cierta clase de sospechas que no necesito de modo alguno referir, pero que se hicieron sentir en la causa, aumentando la fuerza de justificaciones más directas relativas á este caso particular. Estas sospechas ú otras análogas, no podian alcanzarme á mí como el Sr. Alarcon parece que quiere indicar al decir que yo tambien estuve de titular en Grado; por fortuna no estoy tan ligado al ejercicio de mi profesion, que no pueda vivir decorosamente sin ella, y nunca por lo mismo el mayor ó menor número de visitas que tuviera que hacer, pudieran provocar la más lejana idea de que tratase de explotar la profesion en lugar de ejercerla. He prestado sí una declaracion en la causa referida, pero debe tener entendido Alarcon, que todas las consideraciones de compañerismo nó con él, que hace tiempo me tiene relevado de todas, sino con el más querido de mis condiscípulos y compañeros del Hospital General de Madrid, no serian suficientes para hacerme faltar á la fé del juramento; es verdad tambien que en mis ilusiones de jóven, de respeto á la ciencia y á los que la ejercen, nunca se me pasó por la imaginacion que llegára un caso en que los deberes hácia mis compañeros estuvieran en oposicion con los de mi conciencia y mi propio decoro. Compare el Sr. Alarcon y Salcedo lo que ha hecho é intentado hacer respecto á mí y directamente contra mí, antes y despues de la causa, con lo que yo hice en ella; los motivos que á él le impulsaban y los que á mí me dirijieron, y diga lo que quiera, me remito al juicio que interiormente forme.

Como ninguna relacion tiene con su defensa el cómo y el cuándo haya estado yo en Grado, cualquiera comprenderá qué objeto se llevaba al mezclar mi nombre y los cargos que pudiera haber desempeñado, en una causa en que tomé parte como médico del agraviado. Dejo, pues, á un lado mi persona, que para defenderla de los ataques de Alarcon y Salcedo basta y sobra lo dicho, y vuelvo á la cuestion. El herido estaba bueno, sano y robusto antes de las lesiones que recibió en 4 de noviembre del 59, y esto lo sabia y lo conocia Alarcon y Salcedo, y su compañero el cirujano de tercera clase Rodriguez San Pedro, lo mismo que yo: el herido empezó á decaer visiblemente desde aquella fecha; cayó en cama al poco tiempo y no ha vuelto á levantarse. Este suceso, extraordinario si hubiese sido efecto de una herida *sumamente supercial*, ¿no debió llamar la atencion de los facultativos, si en vez de cuidarse del agresor hubieran, como era su deber, cuidado del ofendido? ¿No debieron haber investigado qué relacion habia entre lo uno y lo otro?

Convencidos como debian estarlo de que el decaimiento de su salud no podia provenir solo de la herida de la cabeza, ¿no debian haber averiguado si habia alguna otra lesion?

El paciente no pudo decirles sino que habia recibido un golpe en la cabeza, y que de sus resultas perdió el conocimiento; convenia desde luego someterle á un sistema de curacion que evitase las consecuencias del susto, si otra cosa no habia; pero procedia tambien reconocer si el agresor le habria dado más golpes ó inferido más lesiones despues que el herido perdió el conocimiento, y de los cuales por lo mismo no podia dar cuenta, y procedia tanto, cuanto que su estado de postracion era cada vez mayor y no podia explicarse solo por la herida de la cabeza.

Prescindiendo ya de sus declaraciones, esta conducta de Alarcon y Salcedo constituye una ligereza imperdonable que le hace muy poco favor, y que debe causarle hondos remordimientos: yo no formulo acusaciones; pero tan autorizado por mi profesion como Alarcon y Salcedo puede estarlo, y mi práctica de muchos años en el Hospital General, no vacilo en afirmar que á esa ligereza y á ese abandono y nada más, se debe el fallecimiento prematuro del herido; y esta opinion mia, puedo tambien asegurarlo, no es sola. Cuando la lesion del pecho se hizo visible, era ya tarde para combatirla con éxito, lo mismo que las contusiones de segundo y tercer grado de la cabeza; y era tarde, porque al encargarnos de este caballero hemos visto dar pus sanguinolento por el oido izquierdo, y vimos la necesidad de hacer la operacion del empiema (que practicamos) por consecuencia de la contusion de cuarto grado recibida entre la sétima costilla verdadera y primera falsa.

Dejando ya esta lesion del pecho diremos dos palabras todavia de las de la cabeza: pasemos lo de *sumamente supercial*, pasemos lo del primer diagnóstico y pronóstico; pero lo que no admite explicacion racional, lo que á vista de cualquiera produce un resultado desastroso para la defensa de Alarcon y Salcedo, es que al cabo de nueve dias, y al cabo de trece, y al cabo de diez y siete, la herida, en vez de cerrarse, se presentaba en estado de supuracion; que este estado se reconoce como *anormal, fuera del orden regular, extraño á toda prevision*, y sin embargo, Alarcon y Salcedo se resiste á reconocer su gravedad, á investigar sus causas, á aplicarle remedios tan necesarios, que el doctor Alonso, con todo su deseo de conciliacion, no duda en suponer que le han sido aplicados. Las consecuencias de no haberle aplicado nada, pronto se vieron. Me parece que bastan estas dos manifestaciones para dejar plenamente sentado que hubo graves faltas en la asistencia, y que aun cuando legalmente no haya aparecido más que una *alteracion de la verdad*, los resultados han sido altamente funestos. Cualesquiera que hayan sido los motivos que á Alarcon y Salcedo indujeron á tomar el mal camino que ha seguido, no tengo reparo en creer que no calculó todos los resultados de su conducta: de otra manera, su criminalidad habria subido de punto y el Tribunal se hubiera quedado muy corto en el castigo impuesto. Tan cierto es esto, que Alarcon y Salcedo quiere persuadir á los demás de que el Sr. Longoria y Arrieta murió tísico, y alega para esto la predisposicion de su familia: los hechos se encargan de contestarle. El padre de Longoria tiene hoy setenta y siete años, ha sido militar y sirvió muchos años de capitán en América, en donde recibió varias heridas; en Méjico se casó con una virtuosa señora viuda del virey,



la trajo á Asturias, y murió de una edad muy avanzada. La hermana del padre del herido (hoy muerto), tiene setenta y nueve años, y el hermano del Sr. Longoria y Arrieta es capitán de caballería, y se halla hoy en Filipinas, después de haber sido profesor del colegio de cadetes de caballería de Valladolid. La propensión, pues, á tisis, me parece que es bastante difícil encontrarla en esta familia; lo que sí es fácil de ver, es el afán que el tal Alarcon y Salcedo tiene de que los periódicos se ocupen de su persona, ó mejor dicho, el deseo de ocuparse él de sí mismo aunque sea á costa de su conducta: dejemos esto y concluyamos.

Un joven de treinta y seis años, de temperamento sanguíneo, constitución robusta, que no padeció nunca más enfermedades que una gastritis; que se le saca engañado del café, que recibe una herida contusa sobre la ceja, que pierde el conocimiento, que sufre otras dos contusiones en la cabeza, una de segundo y otra de tercer grado, que se le hace otra de cuarto grado entre la séptima costilla verdadera y primera falsa, ¿debió ó no debió usarse el plan antifofojístico general?

¿Debieron ó no debieron usar los revulsivos, los resolutivos, etc., etc.? Si en un caso de esta naturaleza, si en un joven de esta robustez se me dijera que nó, me creería con derecho para arrojar, imitando á Paracelso, á la hoguera de la incredulidad las obras de Desault, de Vidal y del inmortal Bichat.

Ruego á V., señor director, se sirva dispensarme si he abusado de su benevolencia, y aceptar la seguridad de la distinguida consideración con que se ofrece de V. atento reconocido servidor y comprofesor,

**Licdo. José G. Longoria Carvajal.**

Oviedo y marzo 25 de 1861.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1861.—IMPRESA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 3, pral.